

PERSONALIDADES DE LA JUNTA (I)

En la primavera de 1974 redacté el documento fundacional de una unión de partidos, sindicatos y personas, que tendría como únicas finalidades: producir de modo pacífico la ruptura democrática de la dictadura; conquistar las libertades públicas y la libertad política; formar un gobierno provisional con los poderes fácticos institucionales y abrir un período constituyente de la forma de Estado y de Gobierno.

La primera persona a quien pedí la aprobación de ese texto fue José María Lasarte. Miembro de la dirección del PNV y hombre de integridad moral a la vieja usanza. Nos veíamos en el Hotel Alcalá cada vez que venía a Madrid para tratarse de un cáncer. Yo había sido su abogado en un conflicto civil. Persona realista y de enorme sentido común.

Comprendí mi estrategia para lograr la unidad de la oposición y compartía mi obsesión por el orden cronológico de integración de los partidos. Cuando le anuncié la inmediata reunión en París, me aconsejó que antes de proponer el texto allí, procurase la adhesión de la Asamblea de Cataluña, y que en las conversaciones telefónicas usáramos una letra del alfabeto para nombrar a cada miembro. «Pues te toca la A porque eres el primero».

Le pedí un nombre para la organización y me sugirió el de «Unión por la democracia». Conocía los problemas internos de la Democracia Cristiana, y me vaticinó que la única dificultad la encontraría en la intransigencia de Gil Robles con toda forma de alianza con el PC. Dada la postura negativa de P. Castellanos, le pedí que se lo propusiera a Nicolás Redondo y lo invitase para representar al Partido Socialista en la reunión de París. Días después me dijo por teléfono que «Nico» aprobaba todo, pero que no podía ser miembro porque no tenía pasaporte, por lo que sugería que se lo propusiera a uno de los dos sevillanos.

La segunda persona que se integró fue Josep Andreu, en nombre de Esquerra Republicana y de la Asamblea de Cataluña. Me lo había presentado años antes, en París, Areilza. Era persona generosa, dada al compromiso y poco amiga de las sutilidades. Lo que buscaba en realidad era la unidad formal de toda la oposición aún a costa de hacerla inoperante. Valiente, astuto y de una inteligencia optimista que le incapacitaba para la comprensión objetiva de las situaciones. Mentalidad de patriarca bonachón y protector. Era indiscreto y maniobrero. Y de más atractivo humano que político. Un hombre de otro tiempo. No percibió la originalidad política del documento fundacional. Lo consideró como lo que deseaba que fuese, un mero pacto unitario de la oposición para crear una alternativa de gobierno.

Traté de explicarle las diferencias que lo distinguían del Pacto de San Sebastián y de la Asamblea de Cataluña. No



es que careciera de capacidad para comprenderlas, pero sí de interés mental para intelectualizarlas y sensibilidad política para valorarlas. Había sufrido mucho en el exilio y no confiaba ya más que en el arte de la mediación. Podía cumplir funciones de casamentero político o amigable componedor, pero no las de un dirigente de la oposición. Cosa que no pretendía. Pero le encantaba hacerlo parecer, figurar.

Nuestras relaciones fueron siempre cordiales. Incluso cuando Joan Raventós y Antón Cañellas me informaron de que Andreu nunca había dicho a la Asamblea de Cataluña que la estaba representando en la Junta Democrática. No lo culpé a él, pues eso era previsible, sino a mí por haberlo elegido para una función tan delicada. Fue el único y gravísimo fallo de la Junta. Retrasó dos años cruciales su entendimiento con la Asamblea. Y cuando lo logré tuvieron que entrar en juego factores que no eran problemáticos en el momento de creación de la Junta.

En la acción clandestina, los errores personales son siempre errores políticos.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

IZQUIERDA Y FUERZAS PRODUCTIVAS

La aún reciente renovación de la cúpula del PSOE nos incita a preguntarnos por su programa. Aquello que ha llegado, en efecto a los medios de comunicación —quizá y ojalá internamente haya sido distinto— es

un puro relevo generacional, ponderado en términos, bastante triviales de juventud, imagen y talante. Y la gran cuestión que un observador de izquierdas —y aún un simple espectador deseoso de identificar las opciones políticas— tiene que plantearse es si la nueva dirección va a esforzarse por recuperar los objetivos propios del socialismo, en el proceso de derechización que caracterizó a su etapa de gobierno y es hoy el ideal de Blair y Schröder. Porque lo cierto —frente a la obsesión del centro, frente a su vértigo electoralista en la derecha y la izquierda— es que una política de izquierdas, aun de izquierda moderada, es absolutamente necesaria para el futuro de nuestro país. Veamos cuáles serían, muy sintéticamente, sus elementos principales. En primer lugar, el desarrollo de las fuerzas productivas, a contracorriente de la destrucción a que la imposición de las potencias que lideran la construcción europea las está sometiendo en España, tratando de convertirnos en compradores de su producción y suministradores meramente de servicios para la expansión y ocio de los ricos centroeuropeos. Capciosamente



se habla del crecimiento español, pero lo cierto, según los últimos datos, contrasta en la misma Prensa diaria, es que nuestro déficit comercial ha crecido en la primera parte de este año nada menos que en un 46,2 por ciento.

Como vemos, nuestra participación en la triunfalista construcción de Europa no recorre senderos muy favorables para los españoles y españolas. Y la disyuntiva que se plantea no es sino corregir este camino o hundirnos en un futuro bastante negro, el de un país escasamente productivos y dependiente.

Sin duda, el objetivo que acabo de apuntar debería ser asumido no sólo por la izquierda, sino por la misma derecha, pero, evidentemente, con mucha más intensidad por la izquierda en cuanto es el bien del conjunto de la sociedad, y no el de unos cuantos empresarios que puedan individualmente pescar en este río revuelto aquello que se ventila. Pero, además, desde aquí se abre otro horizonte: el modo de ver y desarrollar la construcción de Europa. Y en él, en esta perspectiva, las diferencias entre derecha e izquierda son rotundas.

Que con el tan cacareado euro los españoles estamos perdiendo poder adquisitivo, al haberse despedido la peseta frente al dólar, es un hecho. Pero lo importante es que la óptica de la derecha y la izquierda, por principio, han de ver de forma más radicalmente opuestas la dictadura, con que el Banco Central Europeo va a dirigir nuestra economía, sin control democrático alguno. Asentando, así, una política llamada a favorecer, sin duda, los intereses de las grandes empresas frente a los de los trabajadores de todo rango y frente a los pequeños empresarios. Son dos Europas contradictorias. Y ante este enfrentamiento la izquierda, debe tomar posición en favor de los intereses populares, que son también los de una Europa auténticamente democrática.

Ahora bien, cuando me refiero al desarrollo de las fuerzas productivas han de realizarse dos grandes precisiones. La primera de ellas es que el concepto mismo de fuerzas productivas es equívoco. ¿Vamos a potenciar industrias bélicas o bien aquellas que permiten elevar la calidad de la vida física y espiritual de los ciudadanos y ciudadanas europeos? Naturalmente la opción opone a la derecha y la izquierda. La Europa potencia bélica —¿contra quién? ¿Contra el Tercer Mundo?— o la Europa de la paz, el bienestar y la solidaridad internacional. La segunda precisión es que la expresión «desarrollo de las fuerzas productivas» debe tomarse en toda su amplitud. Incluyendo, ineludiblemente, la investigación. Sin ella no hay desarrollo sostenido posible. Y no es necesaria únicamente la investigación aplicada, sino la más teórica y creativa, que permite los grandes saltos cualitativos. Todo ello es imposible sin una educación sólida. Y sin el potenciamiento de una auténtica cultura. Terrenos en que ahora ya no me es posible entrar, pero, otra vez, izquierda y derecha perciben con ojos distintos, como quizá en próximos artículos podremos comentar. ¿Quién dijo que no había ya derecha e izquierda? Y ¿cómo se va a definir la nueva dirección del PSOE?

Carlos PARÍS

LA PESTE VA POR BARRIOS

Tiene Juan Bravo buenos amigos en el campo de la ganadería y sabe por ellos lo terrible que fue para España la peste porcina de hace no tantos años. Recuerda los tremendos esfuerzos que costó erradicarla y, peor aún, el trato que nos dieron nuestros «amigos» europeos y de otras partes del mundo. Los productos del cerdo españoles (tantos y de tanta calidad) estaban vetados para evitar posibles peligros (y eso que aquí no ocurrió nada) y otros países hicieron mientras tanto el agosto con el que era nuestro mercado. En fin, que nos trataron como verdaderos apesados en

este asunto. Por eso los ganaderos españoles no se alegran ahora porque se haya declarado una epidemia de peste porcina en Gran Bretaña. Bastante han tenido los ingleses con sus vacas locas como para, encima, tener que sufrir esta otra plaga. Como lo han padecido en carne propia no se alegran nuestros paisanos, pero sí esperan, como espera Juan Bravo, que se apliquen las mismas medidas sanitarias a los productos de cerdo británicos que se aplicaron a España cuando nos tocó la china.

Juan BRAVO

